



EL
INFORME
BROOKS

ALTO AL DESARROLLO

La cita con una Humanidad formada por cinco mil millones de personas —la actual es de unos tres mil quinientos millones— está próxima: sucederá el año 2000, y del año 2000 nos separan ya nada más que veintiocho años. Este es uno de los índices de lo que se llama la saturación del mundo. La saturación no consiste sólo en el aumento de población, sino en una serie de datos que parecen indicar que el proceso de crecimiento está terminado, o debe ser terminado, y que es preciso para ello un cambio de mentalidad del hombre: acostumbrado, desde hace más de trescientos años, a ver el crecimiento continuo de la sociedad, debe ahora hacerse a la idea de que esta progresión tiene que cesar, y que esto no es una catástrofe. En muy pocas líneas este es el contenido de un informe de investigación, conocido como «Informe Brooks». Harvey Brooks es un profesor de Harvard, al que la OCDE ha encargado un estudio acerca de la política de la ciencia, y que lo ha realizado con un grupo de expertos. El «Informe Brooks», que se presenta como un alegato contra la tecnología, ha producido considerables discusiones y controversias en el mundo de la ciencia, la técnica, la sociología y la política. La más reciente discusión se ha producido entre el propio Brooks y el sociólogo francés, Alfred Sau-

vy, en la reunión de la FAO —el organismo de la ONU que se ocupa de la alimentación en el mundo—, celebrada en Roma, en la segunda mitad de febrero.

Brooks ha expuesto en Roma su convicción de que los acontecimientos del último decenio nos enfrentan con «una fría realidad»: no hay nuevos mundos que explorar fuera de nuestro planeta, no hay que pensar por ahora en una expansión de la Humanidad hacia el espacio, y debemos saber todos que estamos limitados dentro de la esfera en que vivimos. La Tierra es el todo. La crisis actual de la Humanidad tiene dos causas básicas; una, el desarrollo demográfico que ha multiplicado las poblaciones. Otra, la enormemente veloz multiplicación de la ciencia y de la tecnología. La primera puede evitarse por la aplicación de un control de los nacimientos en todo el planeta. Pero la segunda debe contenerse también: ya no hay recursos que explotar sin poner en peligro al mundo.

Estas ideas, que Sauvy ha tachado de tópicas, y que el profesor Petrilli ha considerado como reaccionarias, están contenidas, con una exposición más amplia y más detallada, en el «Informe

Brooks». Constituyen el cuerpo de doctrina de «saturación del mundo». El aumento demográfico, la contaminación del ambiente que nos rodea, el tamaño de las aglomeraciones urbanas, la circulación, el exceso de carga de información que pesa sobre el individuo, incluso en la Enseñanza Superior, incluso en la producción de conocimientos nuevos, son algunos de los índices de saturación, de lo que no se puede soportar. Es cierto que los países miembros de la OCDE (Organización de Cooperación y de Desarrollo Económico) creen que en la década presente la elevación del producto nacional bruto será superior a la de la década precedente, y ello es necesario, pero esto no es suficiente. El crecimiento no puede reducirse a objetivos de orden cuantitativo. El crecimiento, aceptado así, conduce inevitablemente a la elevación de tensiones entre los hombres, y de los conflictos entre el hombre y la Naturaleza. Aquí introduce Brooks la noción de «calidad de vida». La calidad de vida ha de ser la preocupación esencial de la política tecnológica en los próximos años, que debe ocuparse de satisfacer las necesidades reales de la colectividad. «Hace falta —escribe

Jean Jacques Salomon, uno de los colaboradores de Brooks, en «El observador de la OCDE»— una visión más integrada, y esa debe ser una de las tareas de la política de la ciencia futura: incitar a un estudio profundo de las interacciones entre lo que se ha denominado tradicionalmente factores económicos y los cambios de estructura, debidos al progreso extraordinario de la ciencia y de la tecnología en la época actual». La política de la tecnología debe estar estrechamente unida a la política social y a la política económica.

El ejemplo del automóvil es uno de los favoritos del grupo. En los mercados, el automóvil es cada vez, relativamente, más barato, más perfecto, más cómodo, más veloz. Es un objeto que crece aisladamente, y que crece también cuantitativamente, gracias a la tecnología. Pero este objeto no está en consonancia con otros datos del crecimiento de la vida: la necesidad de la circulación fluida en las grandes aglomeraciones urbanas, la imposibilidad de alcanzar velocidades importantes en las carreteras, la peligrosidad creciente de su uso, la contaminación del medio, del ambiente... Muchas personas tienen que renunciar al automóvil en sus desplazamientos urbanos, incluso en sus viajes, aun estando al alcance de su fortuna. Esto ocurre porque la

EN BUSCA DE LA «CALIDAD DE VIDA»

PABLO BERBEN

política tecnológica de la construcción de automóviles no está en consonancia con las necesidades reales, no tiene los datos esenciales de la «calidad de vida». Este ejemplo sirve para otras muchas cosas. Un exceso de innovación en unos aspectos se enfrenta con una pobreza de innovación en otros. La noción de cantidad, al intentar la satisfacción de un número creciente de consumidores, se enfrenta con la noción de calidad de vida.

Mentalmente, el ciudadano actual sufre un error: creer que en el estadio actual de la ciencia y de la técnica todo está a punto de resolverse, mediante la aplicación de un esfuerzo mayor en el camino iniciado. Todos los años de la posguerra han producido un crecimiento económico continuo, un progreso científico y técnico asombroso, cuyo más claro ejemplo está en los viajes del hombre a la Luna. Esto es lo que crea la falsa ilusión del «camino hacia adelante» cuando, en realidad, es un camino que va conduciendo a la destrucción del medio ambiente, al desequilibrio ecológico que son las constantes de nuestra civilización. Por tanto, cualquier «esfuerzo hacia adelante» es perjudicial si se hace en el mismo sentido, y es preciso impregnar al hombre de la calle de la noción de que el esfuerzo ha de hacerse en otro sentido, incluso radicalmente distinto. Si se realizase así, todas las inquietudes actuales podrían desaparecer, y la vida cobraría de nuevo el sentido que ha perdido. Para Brooks, esto es imprescindible. El crecimiento económico y tecnológico debe contenerse. Naturalmente, esto no ha de hacerse de una vez, repentinamente, ni siquiera en diez años; pero está seguro de que las generaciones actuales conocerán el proceso de decrecimiento, y de que deben aceptarlo como un bien, no como una catástrofe.

Evidentemente, estos puntos de vista suscitan numerosas críticas que, en algunos aspectos, son semejantes a las que provocó Malthus en sus tiempos, porque, ciertamente, son un malthusianismo, en el sentido más amplio de la palabra (se entiende por malthusianismo la retención del proceso de producción o de desarrollo voluntariamente). Y, en cierto modo, se emplean para ello argumentos antiguos que reviven en este proceso de resurrección de doctrinas abandonadas. La respuesta de Alfred Sauvy a Brooks, en Roma, ha sido la de que los crecimientos encierran considerables ventajas. Por ejemplo, el crecimiento demográfico (la demografía es una de

las especialidades de Sauvy). «Una población que crece representa un mercado de consumo que se expande y se diversifica, un mercado de trabajo que se especializa, una ocasión para crear nuevas situaciones económicas. Un país que reduce o contiene su población debe aceptar el envejecimiento de sus habitantes. El problema del hambre ha sido redescubierto ahora, porque se han reducido las distancias entre una y otra regiones del mundo, y porque en algunas partes del mundo se han aumentado excesivamente las bocas que alimentar». Sauvy cree que las relaciones entre el desarrollo demográfico y la evolución económica carecen de significado, y que sobre estas ideas se han levantado edificios de razonamientos bellos, pero inútiles. Coinciden con las apreciaciones marxistas —en líneas generales— de la cuestión. Ya Marx llamó a Malthus «un delincuente vulgar», y los marxistas actuales consideran que la limitación de nacimientos en los países subdesarrollados son un arma imperialista para debilitar las poblaciones de dichos países y continuar su explotación; pero también coinciden con las políticas natalistas de los países fascistas o parafascistas que requieren mano de obra y soldados, y luchan contra el envejecimiento de las poblaciones.

En cuanto al profesor italiano Giuseppe Petrilli, su intervención en las reuniones de Roma tuvo el sentido de poner en evidencia que la preocupación ecológica se reduce a una simple polémica de tipo reaccionario contra el progreso técnico. El advenimiento de la era industrial, básica para esta civilización en que vivimos, ha ofrecido por primera vez la posibilidad de satisfacer las aspiraciones de muchas personas «en la concreción de su experiencia histórica». La problemática de la «calidad de la vida» y su busca significa replantear las bases enteras de nuestra civilización y nuestras sociedades, incluso en aquellos campos en que se ha conseguido mayor equilibrio, lo cual podría causar un mal en lugar de un bien.

Ni el «Informe Brooks» ni los otros datos del proceso a la tecnología en que se ha convertido la reunión de la FAO en Roma pueden conducir, por ahora, a conclusiones válidas. Pero sí parecen un primer toque de atención acerca de la utilización por las sociedades de los conocimientos que en realidad tienen, y su aplicación en busca de una vida colectiva de mayor calidad.

La Capilla siXtina

PENSAMIENTOS DE MAO

Como de un volcán publicitario han surgido, por arte de magia, un nuevo país y setecientos millones de nuevos conciudadanos universales. Me doy cuenta, al escuchar Televisión Española, que los habitantes de Formosa (los habitantes auténticos, anteriores a la ocupación de Chiang-kai-Chek) siempre habían mirado con prevención a los chinos del continente. De eso a decir que los chinos del viejo Chiang comieron una grave indelicadeza de intruismo media un solo paso. En cuanto las Cancillerías de Washington y Pekín den ese paso, Televisión dará otro y probablemente sepamos que el problema más grave de Asia es lo que tardan los intrusos del viejo Chiang en reparar su indelicadeza anterior y regresar al continente, donde les espera el maoísmo con los brazos abiertos. Y es que Televisión Española está como una chiquilla con una «video-cassette» nueva.

Ahí es nada, de la noche a la mañana resulta que China existe, Mao existe, millones de chinos existen y el descubrimiento empieza a afectar a todos los ciudadanos del país. El otro día, el sereno de mi barrio, después de abrirme la puerta de la escalera, me dijo a modo de despedida.

—Instruido por los errores y los reveses he aumentado en sabiduría, y mi trabajo ahora está mejor hecho.

—Vaya, señor Evaristo, desconocía su capacidad de convertir la «praxis» en teoría.

—Es un pensamiento de Mao, don Sixto. ¡Es el Santiago Bernabéu de la política! Mete los goles sentados.

Fue un primer síntoma.

A continuación fue un prepolítico o pospolítico (como prefieran llamarle), de los que han hecho ya dos veces las nueve cenas políticas de los nueve primeros viernes. Me dijo el demócrata, bajo palabra de honor:

—Sólo el sentido práctico nos permitirá cumplir las tareas que nos han sido asignadas y sólo la previsión nos impedirá equivocarnos en nuestra marcha hacia adelante.

—Caray, señor Sánchez-Rodríguez, que preloco está usted hoy.

—¡Oh! Pura mimesis verbo-epistemológica. Le confesaré, querido «sans-culotte», que es un pensamiento del año y entrañable Mao.

Mi intranquilidad era creciente. Sólo recibía estímulos de desazón. Por ejemplo, un importante ejecutivo de una empresa equivalente

a IBM (Informadores Manzanares, S. L., creo que se llama) la dijo a su manicura habitual, en un postinero salón de belleza masculina.

—Los cuadros juegan un papel decisivo a partir del momento en que la línea política está definida.

—¿Le gusta a usted la pintura? —preguntó la chica, que era oriunda de Chinchón.

—No. Pensamiento de Mao. Citado de Citations du President Mao Tse-Tung, página trescientas doce. Editions Langues Etrangères. Pekin, mil novecientos sesenta y seis.

El siguiente hecho vaticinador de que algo muy grave podía pasar fue una discusión que presencié entre pasajeros del Metro, tras unos dimes y diretes sobre quién había pisado a quién al subirse en la estación de Callao.

—[La política —gritaba uno— en el dominio de la educación debe permitir a los que la reciben formarse en el plano moral, intelectual y físico para convertirse en trabajadores cultivados!

El otro, que no era mudo, respondió.

—¡La consigna en la Instrucción de las tropas es: los oficiales instruyen a los soldados, los soldados a los oficiales y los soldados se instruyen mutuamente!

¡Citas de Mao, evidentemente! Enfebrecido regresé a casa y busqué en el Telediarlo olvido o confirmación de tan inquietante epidemia. No había escapatoria. Un ejecutivo de nuestro deporte estaba precisamente diciendo:

—Como ha dicho el Presidente Mao: la natación es muy sana.

Y, finalmente, asistí a una lección magistral de un académico, que tomaba posesión de sede con un discurso sobre El cura Merlino: un español de los que no quedan. El conferenciante dijo entre otras cosas.

—Los conocimientos son la ciencia y la ciencia no podría admitir la menor hipocresía, la menor presunción; lo que exige es precisamente lo contrario: la honestidad y la modestia. Esta cita, que tanto aclara mi trabajo sobre aquel español ejemplar, la he tomado del Presidente Mao.

Ya no pude resistir más y al término de la magistral lección me acerqué al charlista y le dije:

—Pero, ¿usted sabe que Mao es marxista, comunista?

—¡Otro! —cabeceó el buen hombre, contrariado, pero con miseratino—. ¡Otro que se cree todas las tonterías que dicen los sicarios de Moscú!

SIXTO CAMARA